

V

La embriaguez.

No eran aún las seis de la mañana. En las calles de Indret la obscuridad era completa. De trecho en trecho, en los escaparates de algunas panaderías y tabernas, luces humosas aparecían en la neblina, como detrás de un papel empapado de aceite, con ese color blanquecino del rayo de luz que no puede atravesar la nube. En una de aquellas tabernas, junto á la estufa atestada de cok, estaban sentados y charlaban apurando copas, el sobrino de Roudic y su aprendiz:

—Vamos, Jack, otra ronda.

—No, gracias, señor Carlos. No tengo costumbre de beber, y temo que me haga daño.

El nantés se echó á reír:

—¡Vaya, hombre! Un parisiense como tú. ¡Esas son bromas!... ¡Mozo! dos copas de aguardiente, y... listo.

El aprendiz no se atrevió á rehusar. Las atenciones de que era objeto por parte de aquel hombre tan buen mozo, le halagaban en extremo. Y había motivo para ello.

Aquel dibujante tan orgulloso, que en dieciocho meses no le había hablado tres veces, al tropezar con él, por casualidad, en Indret, le había hecho el honor de tratarlo como á un compañero, llevándole con él á una taberna y obsequiándole con tres copitas de diferentes colores. Tan extraordinario era aquello, que Jack, al principio, estaba receloso. Tenía el otro tan singular aspecto, preguntándole con tanta obstinación: “¿De veras que no hay nada nuevo?”

Y decía el aprendiz para sus adentros:

—¡Si te figuras tú que voy á servirte de correo como Belisario!

Mas no duró mucho aquella mala impresión. Al apurar la segunda ronda de aguardiente, se había tranquilizado. Después de todo, el nantés no parecía un mal hombre; más bien un infeliz arrastrado por sus pasiones. ¡Quién sabe! Quizás bastara una mano amiga, un buen consejo, para encarrilarlo de nuevo en el camino recto, logrando así que renunciara al juego y respetara la casa de su tío.

A la tercera ronda, Jack, presa de una súbita efusión, y de corazón muy ardiente, ofreció su amistad al nan-

tés, quien la aceptó agradecido, y una vez ya amigo suyo, creyó poderle dar algunos consejos:

—¿Quiere usted que le diga una cosa señor nantés? Pues mire usted. siga mi consejo. no vuelva usted á jugar.

El golpe iba bien dirigido, y sin duda produjo efecto, pues el dibujante frunció los labios con movimiento nervioso—sin duda la emoción—y tragó de un golpe su copa de aguardiente. Viendo Jack el efecto que producía, no paró en eso.

—¡Y mire usted, amigo! Otra cosa quiero decirle.

Por fortuna le interrumpió la voz del tabernero, pues esta vez le hubiera costado trabajo al nantés ocultar sus impresiones.

—¡Muchachos! La campana.

El aire frío de la mañana, un sonido monótono y lúgubre, mezclábase á un movimiento de muchedumbre muda, á toses, al ruido de los zuecos sobre las aceras de las calles pendientes.

—¡Vaya! dijo Jack, hay que largarse.

Y como había pagado su amigo las dos primeras rondas, se empeñó en costear la tercera, feliz por poder sacar una moneda de cuatro duros del bolsillo y echarla sobre el mostrador, diciendo: “Cóbrese.”

—¡Pijota! ¡Una amarilla! exclamó el tendero, poco acostumbrado á ver semejantes piezas salir de los bolsillos de un aprendiz. El nantés no dijo nada, pero se estremeció. ¿Qué, también ese había andado en el armario? Jack triunfaba al ver el asombro de ambos.

—¡Y las que quedan! exclamó dando golpecitos sobre su chaqueta, y le dijo al oído al dibujante: Es para un regalo que quiero hacerle á Zenaida.

—¿De veras? dijo el otro con mal intencionada sonrisa.

El tabernero no cesaba de darle revueltas á la moneda, con cierta inquietud.

—¡A ver si se da usted prisa! le dijo Jack. Va usted á ser causa de que llegue cuando ya no haya bandera.

En efecto, la campana seguía tocando, pero lentamente, como si le faltara voz en las últimas llamadas. Por fin, cuando recogió Jack la vuelta, salieron ambos agarrados del brazo.

—¡Qué lástima, amigo Jack, que tengas que encerrarte en ese chamizo! El barco de Saint-Nazaire no llega hasta dentro de una hora. ¡Con qué gusto me hubiera quedado otro ratito contigo! De veras que me sería provechoso el oírte. ¡Ah! ¡Si siempre me hubieses aconsejado así!

Y poco á poco fué llevando al aprendiz hacia el Loira. El muchacho se abandonaba. Al salir del calor sofocante de la taberna, el frío de la calle había rematado la acción de las tres rondas de copitas. Andaba como aturcido, tropezaba á cada paso, y como el piso estaba muy resbaladizo, apoyábase con todas sus fuerzas en el brazo de su amigo, para no caerse. Parecíale que acababan de darle un tremendo golpe en la cabeza, ó que le estrechaban el cráneo con un sombrero de plomo. Pero aquello sólo duró algunos minutos.

—Espérese, dijo. Me parece que ya no se oye la campana.

—¡Demonio!

Volvieron la cabeza. Una claridad blanquecina desgarraba el cielo, alumbrándole por encima del taller. La bandera había desaparecido. Quedó Jack aterrorizado.

Era la primera vez que semejante cosa le sucedía. Pero el más desconsolado de los dos, era el nantés.

—Es culpa mía, es culpa mía, decía. Hablaba de ir á ver al Director para suplicarle, explicándole que él era el único culpable; y tuvo el aprendiz que tranquilizarle.

—¡Bah! No me he de morir porque figure una vez mi nombre en la tablilla de los ausentes. Le acompañaré á usted hasta el barco, y estaré de vuelta para la llamada de las diez. Todo será un jabón del larguirucho Lebecam.

Era justamente el jabón ese, lo que él temía.

Pero aquel miedo quedaba muy por bajo de la alegría, del orgullo que sentía al ir cogido del brazo del nantés, sobre todo cuando pensaba que contribuía á hacerle entrar en el buen camino. Este giro daba á su conversación mientras bajaban hacia la ría abajo los corpulentos árboles ensabanados de escarcha; y tal era la acción con que acompañaba sus palabras, que no sentía el áspero frío de aquella mañana, ni el cierzo que soplaba, cortando como una navaja de afeitar. Hablaba del honrado señor Roudic, tan bueno, tan cariñoso, tan confiado; de Clarisa, la cual, aunque en inmejorables condiciones para ser feliz, apesadumbraba por su palidez y por aquella mirada desencajada que se le ponía en ciertos momentos.

—¡Ah! ¡Si la hubiese usted visto esta mañana al marcharme yo! Estaba tan descolorida, que parecía una muerta.

Al decir estas palabras, sentía el aprendiz el brazo del nantés estremecerse bajo el suyo, lo cual le probó que aún había corazón en aquel muchacho.

—¿No te ha dicho nada, Jack? ¿De veras que nada te ha dicho?

—Nada, ni una palabra. Zenaida le hablaba, pero ella no contestaba. No probó bocado. Temo que esté enferma.

—¡Pobre mujer!... dijo el nantés con un suspiro de alivio, que el niño tomó por tristeza, llenándole de piedad.

—Por una vez, basta, pensaba. No he de ensañarme en él.

Llegaban al muelle. El barco no llegaba aún. Una pesa niebla cubría la ría.

—¿Te parece que entremos ahí? dijo el nantés.

Era una caseta de tablas con bancos en su interior; allí se resguardaban los obreros mientras esperaban á los marqueros. ¡De sobra conocía Clarisa esta caseta! Y la vieja, que en un rincón había instalado su cajón de aguardiente y café, más de cuatro veces había visto á la señora de Roudic esperar el barco y atravesar el Loira en días atroces.

—¡Ya pica esta mañana, muchachos! ¿No toman ustedes una copita?

Jack consintió, pero á condición de que él pagaría, y quiso además convidar á un marinero que tiritaba al pie del semáforo, donde estaba de servicio. El marinero y el nantés tragaron el aguardiente como una guinda. El aprendiz les imitó; pero lo que no pudo imitar fué la sonrisa de golosina, el "¡ah!" de satisfacción que dejó escapar mientras se limpiaba la boca con la manga. ¡Terrible copita! Parecíale á Jack que acababa de tragarse ascuas de la fundición.

De repente, un silbido desgarró la niebla. ¡El barco de Saint-Nazaire! Fué preciso separarse, pero prometieron verse otra vez.

—Eres un buen muchacho, Jack, y te doy las gracias por tus buenos consejos.

—¡Quite usted, hombre! Eso no vale nada, contestó Jack, estrechando reciamente la mano del nantés, y muy extrañado por sentirse tan conmovido como si se separara para siempre de un amigo de toda la vida. Sobre todo, Carlos, ya sabe usted lo que le he dicho: no vuelva usted á jugar.

—¡Oh! no; nunca más, dijo el otro apresurándose á embarcarse para que no le viera su joven amigo soltar la carcajada.

Ya que se hubo marchado el nantés, ni por asomo se le ocurrió á Jack volver al obrador. Sentía en el corazón desusada alegría, le ardían las venas, quería gritar, correr, gesticular. Hasta la niebla blanca que cubría el Loira, surcado por grandes navíos negros que se deslizaban cual sombras chinescas, parecíale alegre, atractivo, como si se hubiera sentido alas para franquearlo; y, por el contrario, lo que le parecía lúgubre era todo aquel martilleo, aquel ruido de calderería, aquel sordo ronquido que harto conocía él y del que anhelaba huir. Bien mirado, ausente durante algunas horas ó durante todo un día, no por eso había de calentarle más las orejas Lebescam. Entonces se le ocurrió esta idea feliz:

—Ya que estoy libre, ¿por qué no voy á Nantes á comprar el regalo para Zenaida?

Ya está el barco, luego en la Baja Indret, después en la estación; transportado, según le parece á él, como por encanto, de tal suerte le era todo fácil y ligero aquella mañana. Pero en la estación no había salida antes de las doce. ¡Cómo pasa el tiempo! La sala de espera estaba fría y desierta. Por fuera soplaba el viento. Jack

entró en una casa de comidas á la que concurrían más obreros que labriegos, aunque estaba en pleno campo, y tenía como muestra estas palabras en caracteres negros, sobre la fachada recién revocada: "Aquí, si usted gusta," el grito que se oía en la fragua cuando está el hierro candente, y con el que se avisa á los compañeros para que vengan á batirlo. Muestra mentirosa como todas las muestras, pues no se trataba aquí de fragua.

Aunque era temprano, había gente en casi todas las mesitas, alumbradas con lamparitas de petróleo, cuyo humo nocivo mezclábase con el de las pipas, para envenenar la atmósfera. Allí, en los rincones, apuraban copitas los parroquianos de semana, el desecho, la hez de los talleres, los que no pueden con el martillo por parecerles pesado y que sólo manejan el vidrio. Allí no había más que caras repugnantes, miserables, chaquetas perezosas, manchadas de vino y de lodo, brazos cansados por el sueño especial del borracho, todos los irregulares, los cobardes, los incapaces, todos aquellos que la taberna acecha en torno del taller, á quienes atrae con su escaparate traidor en donde las botellas, simétricamente colocadas, disimulan con sus colores los venenos del alcohol.

Asfixiado por el humo, aturdido por el ruido, titubeaba el aprendiz en tomar asiento al lado de los demás, cuando oyó que le llamaban desde el fondo de la sala.

—¡Oye! ¡Por aquí, Azteca!

—Hola! Ahí está Gascuña.

Gascuña era un obrero de Indret, despedido la víspera por embriaguez. Junto á él en la misma mesa, hallábase un marinero, mejor dicho, un novato de dieciséis á diecisiete años, cuya cabeza imberbe y ya ajada, con esa

boca especial del hombre de mar, salía de su ancho cuello azul con aire desenvuelto en demasía. Unióse Jack á aquella amable sociedad.

—¡Conque también tú echas una cana al aire! dijo Gascuña con esa familiaridad de compañerismo que une á los malos obreros. Pues me alegro; vas á tomar una copa con nosotros.

Aceptó, y fué entre ellos una porfía de cortesías y un derroche de frascos de todos colores. El novato era el que más simpatizaba con Jack. ¡Llevaba su bonito traje con tanta soltura y valentía! Y luego tanta serenidad, tanta audacia, importándole un bledo Dios y los gendarmes. A su edad, ya había dado dos veces la vuelta al mundo, y hablaba de las javanenses y de Java, como si el país ese hubiese estado enfrente, del otro lado del Loira. ¡Ah! ¡Con qué gusto hubiera trocado el aprendiz su chaleco de punto, su chaqueta, su blusa, por el sombrero de hule gallardamente echado hacia atrás sobre la cabeza pelona del novato, y aquella faja suelta de un azul desteñido por el sol y el agua de mar! Aquel sí que era un oficio, lleno de aventuras, de peligros y de espacio que recorrer! Pero el marinero se quejaba:

—“Demasiado caldo para tan poca carne” decía á cada instante.

A Jack le seducía la expresión; parecióle sumamente chistosa.

—¡Demasiado caldo para tan poca carne! ¡Estos marineros, vaya una gente de rompe y rasga!

—Pues no digo nada de Indret, añadía Gascuña. ¡Valiente chamizo!

Y principió á decir pestes contra el director, los vigi-

lantes: vagos que se cruzan de brazos mientras echa uno los hígados para ellos.

—La verdad es que mucho habría que decir. . . . observó Jack, quien recordó súbitamente frases del cantante Labassindre, sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital.

Aquella mañana tenía Jack la lengua tan expedita como las piernas.

Poco á poco, su elocuencia hizo callar todas las charlas de la casa de comidas. Le escuchaban. Oía que decían: “¡Pues poco listo que es ese muchacho! ¡Cómo se conoce que viene de París!” Sólo le faltaba, para producir mayor efecto, la voz de bajo profundo de Labassindre, y no aquella vocecilla de gallito resfriado, aquella voz de adulto en la que se destacaban notas graves que en aquel momento parecían acudir de muy lejos, como si hubiese dirigido sus palabras á varias atmósferas por encima de su cabeza. Pero lo que decía, se enredó tanto al poco rato, que ya ni él mismo se entendía; y sintiendo á poco como un mecimiento y un vaivén, cual si se lanzara en pos de sus ideas, en la barquilla de un globo cuyo movimiento le mareaba y acababa de hacerle perder el sentido.

. . . Una sensación de frío sobre la frente le volvió en sí. Estaba sentado á la orilla del Loira. ¿Cómo se hallaba allí, al lado de aquel marinero que le humedecía las sienes? aL plena claridad deslumbraba sus ojos y le costaba trabajo abrirlos; después vió, enfrente de él, el humo del taller, y á su lado un pescador de pie en su barca, izando la vela y disponiéndose á salir.

—¿Qué tal, amigo? dijo el novato mientras retorcía su pañuelo. ¿Te sientes mejor?

—Sí, muy bien, contestó Jack tiritando y muy mareado.

—Pues entonces, al barco.

—¿Por qué? dijo muy extrañado el aprendiz.

—Pues porque vamos á Nantes. ¿No recuerdas que le has alquilado un barco á ese marinero, hace un rato, en la casa de comidas? Mira, ahí tienes á Gascuña con las provisiones.

—¡Las provisiones!

—Pues sí, hijo mío, dijo el fundidor cargado de una enorme cesta de la que salían frascos y la mitad de un pan. . . . ¡Vamos, arriba; andando muchachos! El viento sopla bien. Dentro de una hora estaremos en Nantes.

Jack, durante un minuto, vió entonces muy claramente lo que iba á hacer, el abismo hacia que iba rodando. Hubiera querido echarse en la lancha del barquero, que allí junto estaba, y volver á Indret; pero aquello requería un esfuerzo de voluntad de que no era él capaz.

—¡Ya estás aquí! le gritó el novato. . . . Estás todavía un poco pálido, el almuerzo te repondrá. El aprendiz no se resistió y se embarcó con los demás. Después de todo, le quedaban sesenta francos; más de lo suficiente para comprarse un traje y llevarle un regalito á Zenaida; de manera que no sería inútil su viaje á Nantes. Además, consecuencia del estado en que se hallaba, era pasar por las más contrarias impresiones, y de la más negra tristeza á una alegría sin motivo.

Ahora, sentado con los demás en el fondo del barco, almorzaba con apetito, estimulado por el airecillo frío y salado que impulsaba á la nave bajo un cielo opaco, un verdadero cielo bretón, ladeada como un pájaro que roza el agua con un ala. . . . Las jarcias crujían, hinchábase

la vela y los dos ribazos se deslizaban, apareciendo paisajes conocidos, siluetas de pescadores, lavanderas, pastores, rebaños que, á lo lejos y sobre la yerba recién segada parecían, de lejos, gruesos insectos.

Jack veía todo aquello, y su imaginación sobreexcitada poetizaba cuanto hería su vista. Evocaba recuerdos de lecturas, aventuras de mar, historias de viajes lejanos, incitado por la presencia del marinero y por el encuentro de grandes buques que la barca evitaba al pasar.

¿Por qué en aquel recuerdo, una viñeta inglesa de un antiguo Robinsón Crusoe, que le dieron en su niñez, se presentaba obstinadamente á su espíritu con su página amarillenta y gastada, su Robinsón acostado en una hamaca, asiendo un frasco de ginebra, en medio de marineros ebrios, de restos de comilona, y por debajo esta inscripción que recordaba él al cabo de diez años: Y "en una noche de orgía olvidé todas mis buenas resoluciones?" Quizás había en aquel momento botellas vacías que rodaban por el barco, vino derramado, gente tumbada sobre los restos de una comilona. Jack, nada sabía de fiño, pero bandadas de gaviotas desparrramadas por el viento, aumentaban su ilusión de viaje lejano: y más que tenía la vista alzada, no viendo más que el cielo, copos de nubes pardas que huían y sin cesar se amontonaban por encima de su cabeza con azarosa rapidez, que ya le iba mareando.

Cambió de postura, vuelto á la vida real por las canciones de sus dos compañeros que gritaban estribillos de á bordo.

—“¡Vaya una juerga! ¡Pero qué juerga!” ¡Ah! Si hubiese él podido imitarles; pero sólo sabía cantares de niño, como: “Tengo zapatos coloraos,” y se habría aver-

gonzado de semejante ignorancia; á más que se sentía molesto por una mirada que no se apartaba de la suya.

De pie, enfrente de él, escupiéndose de vez en cuando las manos para apretar mejor el timón, el patrón le clavaba con sus ojos claros que parecían desteñidos en su cara curtida. Hubiese querido Jack imponerle silencio á aquella mirada despreciativa que le decía: “¡No te da vergüenza, mocoso!” pero esos viejos lobos de mar, acostumbrados á acechar el chubasco que se desliza como una sombra sobre las olas azuladas, tienen pupilas firmísimas que nada intimida. Para adormecer aquella fatigosa vigilancia, quiso Jack obligar al patrón á que bebiera. Ofrecíale un vaso que temblaba en su mano, y una botella vacía de la que se empeñaba en sacar vino:

—Vamos, patrón un traguito.....

El patrón hizo señal de que no tenía sed.

—Déjalo al tío ese, dijo en voz baja el novato á su amigo. ¿No recuerdas que no quería llevarnos?..... Su mujer ha sido quien le decidió... Decía él que tenía demasiado dinero y que no le parecía eso natural.

¡Pero qué! ¿Se han figurado ustedes que Jack va á dejar que lo traten de ladrón?... Han de saber que tiene tanto dinero como le da la gana. Con solo escribir á... Por fortuna recuerda, en el desorden de sus ideas que su madre le ha prohibido el que pronunciara su nombre, y él se contenta con afirmar que aquel dinero es suyo, muy suyo; que son economías, que va á comprarse un traje, y llevarle un regalito á “Ze.... Ze”..... Zenaida.

Hablaba, hablaba.... Pero nadie le escuchaba. Gasuña y el marinero estaban disputando. El uno quería parar ne Chatenay, un suburbio de Nantes que se ex-

tiende á la orilla del agua, destartelado, sombrío y lleno de obradores, con tabernas ó míseros jardines ennegrecidos por la lluvia y el humo. El otro quería que continuaran hasta Nantes; y en la reyerta, que ya se calentaba, amenazábanse de "destrozarse la cara á botellazos, abrirse la barriga á navajazos, ó sencillamente destornillarse la cabeza para ver lo que había dentro."

Lo chusco era que aquéllas lindezas se las decían uno junto á otro, teniendo que agarrarse á la barda de la barca para no caerse, pues soplaba de firme el viento y la nave surcaba el agua inclinada á un flanco. Para poner en práctica aquellas terribles amenazas, preciso hubiera sido que dispusieran libremente de sus manos y de mayor trecho. Pero Jack no veía las cosas así, y, por el contrario, las tomaba muy en serio; de tal suerte, que lamentando la discordia sobrevenida entre sus dos compañeros, trataba de calmarlos, de reconciliarlos.

—¡Amigos míos... mis buenos amigos... por favor!

Tenía lágrimas en la voz, en los ojos, sobre las mejillas, una sensibilidad extraordinaria, como si todas sus demás sensaciones se hubiesen fundido, desleído en un inmenso deseo de llorar.

Quizás fuera por ver tanta agua en torno suyo. Por fin se apaciguó la riña, súbitamente, como había venido, á tiempo que pasaban delante de la última casa de Chatenay. Entraban en Nantes. El patrón recogió la vela y empuñó los remos para guiarse con más seguridad en medio del hacinamiento del puerto.

Quiso Jack levantarse para gozar del golpe de vista, pero fuéle preciso volverse á sentar en seguida, mareado. Parecíale que le subían en alto y le mecían. Pero esta vez no perdió el conocimiento. Todo giraba en torno

suyo. Vetustas casas esculpidas, con balcones de piedra, mezclábanse con mástiles de buques, persiguiéndolas, envolviéndolas, hasta que desaparecían reemplazadas por grandes velas extendidas, tubos negros soltando humo, cascos relucientes, rojos ó pardos. En la proa de los navíos, caras pálidas, esbeltas y envueltas en mantos, subían y bajaban al compás de las olas, y á veces, choriando agua, parecían llorar de cansancio y de aburrimiento. Por lo menos eso se le figuraba á Jack. Entre aquellos estrechos y macizos muelles, bajo aquel cielo opaco que cautivaba la mirada, tanto más, cuanto que le impedía elevarse, los buques se le figuraban prisioneros, y los nombres grabados en sus flancos parecían pedir que reapareciera el sol, el espacio sin límites, las dársenas doradas de los países trasatlánticos.

Entonces recordó á Madú, sus correrías al puerto de Marsella, cuando se ocultaba en el fondo de algún barco, entre el carbón, las mercancías y los bagajes. Pero este recuerdo desapareció, arrastrado por los gritos de los marineros amarrando maromas, por el rechinar de las poleas y los martillazos de los talleres.

De repente, no está ya Jack en el barco. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por dónde ha bajado?

El ensueño tiene olvidos de esos, y Jack vive en un agitado ensueño. Sus dos compañeros y él caminan sobre un muelle interminable, en el que hay una vía férrea, atestado de toda clase de mercancías las que están cargando á descargando, y todos son obstáculos por los que hay que saltar. Tropieza con balas de algodón, se da contra los ángulos de las cajas, respira por todas partes olores fuertes ó salados de especias, de café, de semillas ó de esencias. Pierde á sus compañeros, los vuelve

á encontrar, los pierde de nuevo y de repente les sorprende disertando largamente sobre las semillas oleaginosas, con el carento Mangin, quien le mira con inquietud, y se retuerce su bigotillo rugio, con aire inquieto. Pues es cosa singular, Jack se ve obrar se duplica

Hay en él un Jack que hace locuras, que grita, que gesticula, da traspiés, dice y hace mil tonterías; y un ser razonable, pero mudo, amordazado, impotente y condenado á asistir á la degradación de otro, sin poder hacer más que mirar y acordarse. Ese segundo Jack, clarividente y consciente, duérmese á veces, sin embargo, mientras el insensato continúa sus divagaciones, y he ahí por qué hay grandes soluciones de continuidad en aquella jornada turbulenta, ausencias, vacíos que no puede colmar la memoria.

¿Podéis figuraros la confusión de Jack razonable, al ver á su "duplicado" andar por las calles de Nantes arremolcado de una larga pipa y envuelto en faja de marino, ríuevecita, arrollada al rededor de su chaqueta? Quisiera él gritarle: "¡Pero, majadero, no tienes tipo de marino! Por más que ostentes una pipa, una faja, el sombrero de hule de novato; por más que andes entre tus dos compañeros moviendo los hombros balbuciendo con aire de canalla: "Demasiado caldo para tan poca carne, niñ demonios!" Todo lo más que pareces es un monaguillo que se ha tragado el vino de las vinajeras, con tu faja azul mal ceñida y tu cara de inocentón... ¡Mira! Todo el mundo se vuelve y se ríe cuando pasas."

Mas, incapaz de expresar idea alguna, sólo puede pensar eso en lo íntimo de su ser, y se ve obligado á seguir á su compañero, dando traspiés, obedeciendo á todos sus caprichos.

Le acompaña hasta un gran café lleno de dorados, de espejos, en donde se reflejan las imágenes como si fueran á caerse. El Jack que aún tiene vista, mira enfrente de él, entre los que entran y salen, un grupo miserable y lúgubre en el que se halla su duplicado muy pálido, sucio, manchado de esos lodos que salpican pasos inciertos, avinados. Un mozo se acercó á los tres pilletes. Los echan fuera, vuelven al frío de la calle.

¡Qué ciudad!... ¡Qué grande es!... Muelles, siempre muelles bordeados de vetustas casas con balcones de hierro. Pasan un puente, luego otro, después otro. ¡Cúantos puentes! ¡Cúantas rías que se cruzan, se mezclan, ofreciendo continuo y fatigoso movimiento de olas en todos los espectáculos inciertos de aquella correría sin objeto determinado! Y acaba por ser tan triste el correr así, que Jack se halla otra vez llorando á lágrima viva sobre una escalerilla que hunde sus últimos peldaños en el agua negra de un canal, inmóvil, espesa y cargada de tintorería.

Gascuña y el marinero juegan al tángano sobre el ribazo. Jack está desesperado y no sabe por qué. Se aburre, ¡y está mareado!... "¡Hombre, si me ahogara!... Baja un peldaño, luego otro. Ya toca al agua, y el pensar que va á morir le entenece y se compadece á sí mismo.

"¡Adiós, amigos!" dice sollozando. Pero están tan ocupados con su juego que ni le oyen.

—¡Adiós!... ¡Voy á morir!

Los pobres amigos, tan sordos como antes, discuten una jugada. Y qué desgracia la de morir así sin despedirse de nadie, sin que nadie trate de retenerle á uno en

el borde del precipicio! ¡Vaya si le dejarían ahogarse esos monstruos! Están allí arriba gritando, amenazándose como por la mañana. Otra vez hablan de abrirse la barriga, de destornillarse la cabeza.

Gente les rodea; acuden policías; Jack tiene miedo, sube los peldaños y se escapa.

Ya está junto á un gran taller. Alguien pasa á su lado, corriendo y tambaleándose. Es el marinero, desgarrado, sin sombrero, sin corbata, con el ancho cuello colgándole sobre el pecho.

—¿Y Gascuña?

—En el canal... Allí lo envié de un testerazo.

Y el marinero se las guilla más que á paso, pues le persigue la policía. Tan lúgubres son las ideas de Jack, que halla casi natural que el novato haya ahogado á Gascuña, como si el asesinato fuera el último peldaño de una escala en la que ha puesto el pie y que se hunde.

Querría él retroceder, informarse de la suerte de aquel desgraciado. De repente le llaman.

—¡Hola, Azteca!

Es Gascuña, sin sombrero, reventado.

—Tu marinero ya tiene lo que le hace falta... De una patada, ¡pumba! al canal... Me persigue la policía... Me las guillo... ¡Buenas noches!

¿Quién de los dos es el muerto? ¿Quién el asesino? Jack no busca ya, ya no comprende; y no sé cómo se enmarañan las cosas, pero es lo cierto que ahí están otra vez los tres, en una taberna, alrededor de una enorme cazuela de sopa de cebolla, en la que se echan muchas botellas. Ese extraño brebaje repítase varias veces, en tabernas distintas, pues los mostradores, las mesas destartaladas se suceden en ese vertiginoso en-

sueño en el que el Jack que raciocina, ha renunciado casi á seguir al otro. Desfilan una hilera de pavimentos húmedos, oscuras cuevas, puertecillas ojivales en cuyo remate hay muestras que hablan; toneles, vasos de espumoso líquido, racimos de uvas. Todo aquello va oscureciéndose poco á poco hasta que resplandece la negrura de los tugurios, en los que bugías plantadas en botellas, alumbran una horrenda visión de mujeres negras adornadas con gasa rosada; marineros bailando un baile inglés, acompañados por arpistas de levita.

Allí Jack, excitado por la música, hace mil locuras. Ahora está sobre una mesa, bailando una danza que un antiguo profesor de baile que tuvo su madre, le enseñó á él cuando era niño.

Y sigue bailando; pero se hunde la mesa y cae en medio de pedazos de vajilla, acompañado por abominable clamoreo.

Tirado sobre un banco, en medio de una plaza desierta, desconocida, en la que se alza una iglesia, recuerda aún los compases de su danza. Es cuanto queda de aquella jornada en su cabeza vacía, tan vacía como su bolsillo... ¿El marinero? Se fué... ¿Gascuña? Desapareció... Está solo en esa hora del crepúsculo en la que la soledad nos hace sentir toda su amargura. Enciéndese en rápidas llamaradas el amarillento gas y es en seguida reflejado en la ría y riachuelos. Extiéndese la sombra por todas partes, cual ceniza amontonada sobre el hogar del día débilmente alumbrado aún. En aquella sombra, húndense poco á poco los macizos contornos de la iglesia. Ya no tienen techo las casas, ni gavias los buques. La vida descende hacia

el suelo, á la altura de los rayos de luz que despiden alguna que otra tienda.

Después de los gritos, los cantares, las lágrimas, la desesperación. Jack es ahora presa del terror. En la lúgubre página del libro que durante el día ha estado leyendo, hay escrito: "Nada." Y después esta otra: "Nada y noche..."

Ya no se mueve, ni fuerza le queda para sustraerse á aquel abandono, á aquella soledad que le espanta; y ahí permanecería tendido sobre ese banco, como todos, en un anonadamiento que no es sueño, si un grito harto conocido, grito salvador, no le arrancase de su estupor: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!" Llama: "¡Belisario!..."

Era Belisario. Jack trata de ponerse en pie, de explicarle que ha corrido una "juer... juer... juerga;" pero no sabe si lo consigue. De todos modos, apóyase sobre él el granujilla, cuyo paso va al compás del suyo, tan incierto, tan difícil, pero sostenido siquiera por una fuerte voluntad. Belisario se lo lleva, le riñe cariñosamente. ¿En dónde están? ¿A dónde va?

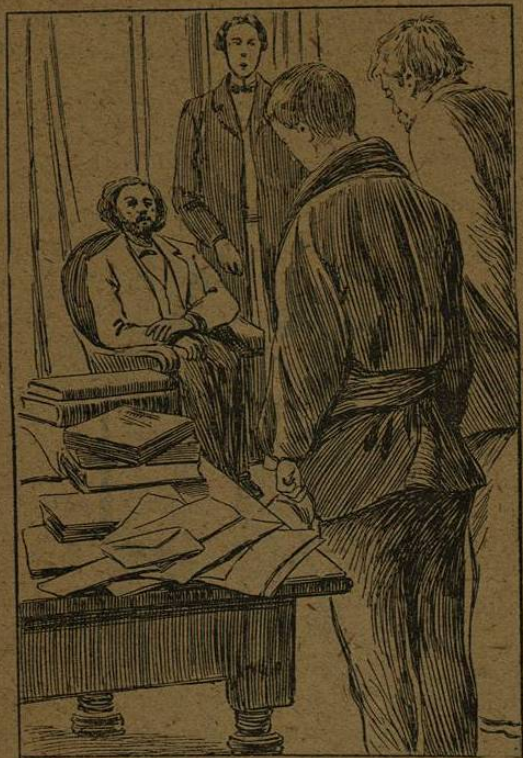
Los muelles están alumbrados y desiertos... Una estación... ¡Qué gusto! ¡Hallar un banco!...

¿Qué sucede? ¿Qué le quieren?

Le despiertan, le sacuden, le atropellan, le hablan rudamente. Sus manos están sujetas por manos de hierro; sus muñecas atadas con cuerdas. Y ni siquiera tiene valor para resistirse, pues el sueño puede ahora más que nada. Duerme en una cosa que se parece á un vagón. Luego en un barco donde hace mucho frío, pero sigue roncando, rodando por el suelo, incapaz de moverse. ¡Y qué alivio experimenta, tras de aquellas

peregrinaciones sin cuento en un sonambulismo sin nombre, al tenderse sobre la paja, durmiendo á sus anchas, resguardado de la luz y del ruido por una puerta y dos cerrojos enormes y estridentes que acaban de echar!





... El director llamó á su despacho á los culpables. ...



VI

Malas noticias.

Por la mañana, un ruido terrible, que tenía lugar por encima de su cabeza, despertó á Jack de repente.

¡Oh! ; El despertar lúgubre de la embriaguez; la sed ardorosa, el tem-

blor, la torpeza de los miembros cansados y como estrechados en una pesada armadura que los hiriera por todas partes; luego la vergüenza, la angustia inexplicable del ser humano que se halla convertido en bestia, y repugnándole tanto su vida manchada que se siente incapaz de recomenzar á vivir!

Jack sintió todo esto al abrir los ojos, antes de recobrar su memoria, y como si hubiese dormido bajo la obsesión de un remordimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO